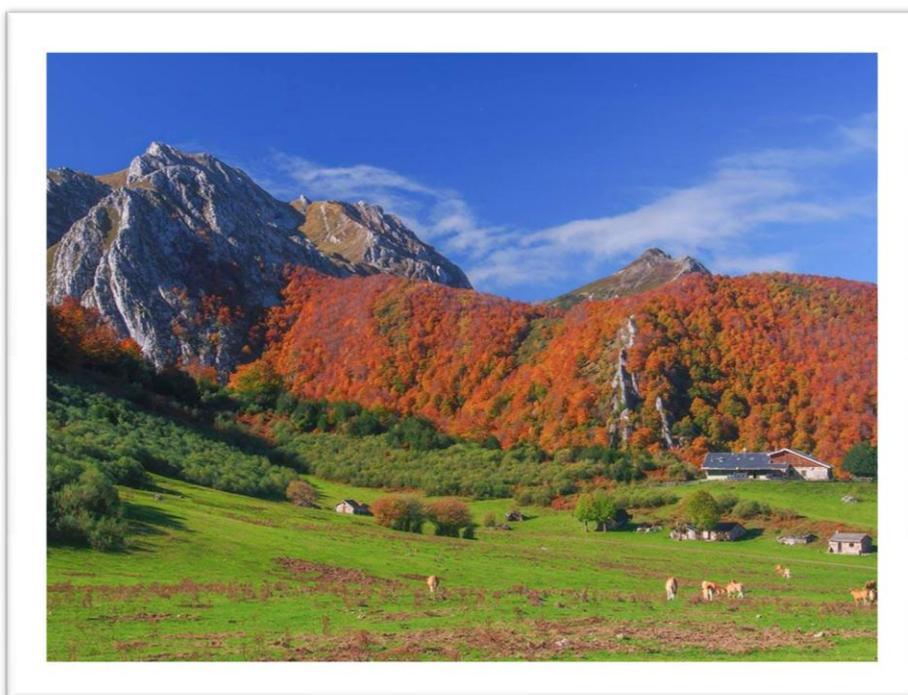


# Viaje al paraíso

## Brañagallones



**JUAN MANUEL ESTRADA ALVAREZ**

**Cronista oficial de Caso. Octubre 2024**

Entre los muchos alicientes paisajísticos y etnográficos del concejo de Caso se encuentra, sin duda, la majada más emblemática del Parque Natural de Redes: la Vega de Brañagallones, que ocupa la atención de esta obra digital. Nuestro relato tiene como objetivo que el visitante conozca un poquito más acerca del camino que le llevará a la braña de los urogallos, de la historia que contiene y de las gentes que nos legaron el mayor de los dones: la Naturaleza que hoy contemplamos, aunque los usos y tradiciones campesinas vayan, inexorablemente, mudando a un tiempo nuevo.

El territorio que vamos a recorrer se enmarca en el valle que modela el río Monasterio, ruta que nos llevará desde Bezanes al refugio por una geografía cambiante de tesos y vallinas, hayedos y barrancos, cuevas y rellanos que nos dejarán a la misma puerta de la extensa campera. Sin pretender que el texto resulte una guía al uso montañero, desde estas páginas realizaremos un viaje virtual, demorándonos para contar historias mientras nos vamos acercando a la majada. Será un viaje, más que una simple excursión que nos devuelva al regreso con las pupilas hinchadas de belleza, pues la mochila del caminante se irá colmando de conocimientos y verá el trayecto con nuevas perspectivas.

En nuestro propósito está el desterrar los errores comunes en que generalmente incurrimos al hablar de este privilegiado enclave: ni Redes es Reres, ni el Tesu la Oración es ningún *texu*. Disculpe el lector si por nuestra parte se desliza algún gazapo respecto a la multitud de nombres que iremos desgranando, hemos procurado ser fieles a los que nos transmitieron aquellos a quienes solicitamos su inestimable ayuda.

### **Una breve introducción: la geografía casina**

Nos encontramos en el municipio de Caso, enclavado en el Parque Natural y Reserva de la Biosfera de Redes, uno de los más abruptos del Principado, con una pendiente media del 59%, orografía que confiere al paseante la sensación de unas magnitudes abarcables y en cierto modo

amables, bien distintas de las atormentadas soledades kársticas de los Picos de Europa.

*“En ningún otro paraje nuestra ubérrima tierra es más inmarcesible, más enriscadamente hermosa y más Asturias que por estos términos”*. Así expresaba su admiración por las tierras de Redes José Ramón Lueje, que las pateó y apuntó con minucia las sensaciones que le transmitían; probablemente su vecindad influyó en las apreciaciones de quien conocía como la palma de su mano buena parte de la geografía asturiana, pues encierra el Principado infinitos paisajes de análoga belleza. Mas algo tendrá de excepcional este pequeño cosmos, jalonado de bosques y majadas al abrigo de la Cordillera Cantábrica, cuando el gran divulgador de la montaña asturiana le alabó con vehemencia en tantas ocasiones. Quizá la conjunción entre la albura caliza de las cumbres, salpicada de verdes, y el indescriptible caleidoscopio cromático que eclosiona en los otoños, las diminutas aldeas, auténticos tesoros etnográficos, y el propio paisanaje, envejecido y envejeciendo, que en ellas habita, ese mundo del agua que gobierna el Nalón, padre de los ríos asturianos al que fluyen los hilos de plata de sus afluentes, sea lo que envuelve en embeleso al visitante que recorre este escenario que tanto cautivó al ilustre piloñés.

Prodigiosa naturaleza cuajada de biodiversidad que conjuga la gallardía de las cumbres y las impenetrables arboledas con la idílica armonía de brañas y praderías que sustentaban la otrora notable producción ganadera del concejo, gobernada por los sabios códigos de los antiguos; economía apegada al terruño que transformaba en utilidades los dones que el medio le brindaba: el calzado, los afamados quesos que abastecieron las alacenas monacales del Medievo, la miel, la caza y la pesca, hasta el *untu* de los osos o la amarga raíz de la *xanzana*. Un universo que va desmoronándose, confundiendo en maleza las erías de antaño y los prados, cerrando las sendas y secando las fuentes, arrinconando los molinos que nos alimentaron y las cabañas donde el pastor apacentaba los rebaños; el *matu*, la selva improductiva que todo lo devora, la despoblación reflejada en el paisaje, aunque todavía existan espacios como este de Brañagallones, adonde nos dirigimos, que nos

evoca lo que fue la dura subsistencia de los vaqueros casinos, hoy modificada y adaptada a la modernidad.

### **Un trivial debate toponímico**

Primeramente, encontrándonos en un Parque Natural llamado Redes, no sobraría desde estas páginas retomar por un momento el debate entre el Reres y el Redes, fortaleciendo los argumentos a favor de la denominación Redes con el cotejo histórico.

Si bien no faltan partidarios de la voz Reres, que consideran el Redes como una caprichosa alteración al uso de los tiempos actuales, el topónimo Redes hunde sus raíces en la voz de los antiguos, en los nombres que sabiamente conferían al escenario que les rodeaba. Se documenta por escrito tres siglos atrás, así aparece en la declaración tomada a varios vecinos de la feligresía de Caleao para elaborar los llamados Apeos de Cepeda en el año 1712, quienes, al delimitar los puertos del Contorgán, enumeran varias majadas rodeadas de *“montes y peñas in habitables y un monte que llaman el Sellar y monte de Redes y las verdes que llaman de Mere Cueria, tierra in habitable y la peña que llaman del Viento y las grandas que llaman de La Palanca y las peñas de Mugalendi, todas tierra in habitable por ser peñas”*. Sellar y Merecueria son arranques del frondoso hayedo de Redes. Madoz, en su *Diccionario Geográfico, Histórico y Estadístico de España*, (1845-50) también recoge el término Redes y la propia *“Catalogación de montes públicos exceptuados de la desamortización”* lo certifica en 1862.

Sería, entonces, Redes la denominación tradicional e histórica. Y cuentan que se llamó Reres extensivamente al Coto Nacional de Caza, por un simple error tipográfico en el Boletín Oficial del Estado. La Ley 4 de septiembre de 1943 sobre ordenación de la caza en determinados concejos de Asturias establecía la creación de nueve cotos, uno de los cuales tendría carácter de nacional adscrito a la Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial del Ministerio de Agricultura, siendo adjudicados los restantes mediante subastas decenales, mas no indicaba cual habría de ser éste. Será posteriormente, en el *“Reglamento del Coto*

*Nacional de Reres o Brañallagones*” (BOE, 18.12.1945), cuando aparezca la grafía Reres. De tal manera Redes, que desde tiempo inmemorial señalaba a un monte, se extendió en la forma Reres al Coto Nacional de Caza, divulgándose exponencialmente su uso a la velocidad del prestigio cinegético que iría adquiriendo la comarca que abarcaba; y así sucedió durante cincuenta años.

Con la creación del Parque Natural en 1996 se recupera el vernáculo Redes, haciéndolo extensivo al mismo, aprovechando el renombre que gozaba el coto de caza. Desde entonces ha ido paulatinamente consolidándose hasta considerarse hoy sinónimo de excelencia turística, aunque, en puridad, designe expresamente a uno de los más espectaculares hayedos del continente europeo que continúa, sin embargo, figurando como Reres en el *Catálogo de Montes de Utilidad Pública*, actualizado por el Principado al año 2020.

### **En el campo base: Bezares**



Para llegar a la Vega de Brañagallones puede partir el viajero desde Bezares, caminando -como buenos montañeros-, en vehículos 4x4 preceptivamente autorizados, en bicicleta, a caballo... o en el *“Taxi al paraíso”* de Rafa Fernández, puntal imprescindible para que pueda

ser disfrutada por todos aquellos a quienes el trayecto (unos 21 km ida y vuelta) pueda resultarles fatigoso. Viajar con Rafa en esa especie de tren turístico movido por un potente tractor, con capacidad para transportar diariamente a treinta y ocho personas, es una experiencia gratificante; mientras nos va informando por megafonía acerca de los cambiantes horizontes por los que iremos transitando, su flora y su fauna, las

ancestrales costumbres, la agreste geografía que nos envolverá, la hora del viaje se nos hará corta.

Bezanes, a unos 650 metros de altitud, con su arquitectura de montaña, sus hórreos -algunos erróneamente etiquetados como belluscos- y sugerentes rincones, es una aldea atractiva que celebra dos fiestas, una feria de ganados que aún se mantiene, y un campeonato mundial de madreñas que dignifica jovialmente nuestro calzado, seña de identidad de los casinos. Y es una aldea con chigres y eso, por estas latitudes, es trascendental, significa que todavía es un lugar en el que no se apagó la última linterna de la convivencia. Y “*La Bolera*” de Mari Carmen no es un chigre cualquiera, es punto de reunión, tertulia de paisanos y animada terraza de cuantos montañeros pasan por el seductor caserío; en la vieja escuela, otro negocio que ha reabierto sus puertas complementa y da pujanza a la vida del pueblo. Donde tantos bares y comercios se recuerdan con añoranza, puede considerarse una fortuna la permanencia de estos dos establecimientos.

En Bezanes, con buen aparcamiento, se encuentra el campamento base; por sus estrechas callejuelas, mientras se deja notar el arte cuidadoso de Roberto -caballeroso *pintorón* de paleolíticas siluetas- iniciamos el viaje al paraíso. La pista forestal (ruta PR-AS-66) que nos llevará al prodigioso escenario de La Vega, arranca desde la casa de Nazario Coya e irá ganando altura vertiginosamente. Un bosque de castaños con algunas caserías diseminadas nos va a dejar en poco más de dos kilómetros en nuestro primer descanso. Iremos contemplando la panorámica que se va abriendo de repente, con la línea de cumbres emergiendo, los compactos tejados rojizos de la aldea, *les medies cuadrielles* -tanta historia solidaria en sus parcelas-, y La Foz al fondo, como una joya engarzada entre verdes y el tajo que la nombra. La pista, que asciende sinuosa desde las revueltas de La Teyera y El Pandu, con el *atayu* de la Anguilaona tupido ya por la maleza, pasa la fuente Xuan la Llera, de bebezón *en picu*, para que pudiesen abrevar dos parejas con sus carros, e irá ganando cota, haciendo sudar al caminante; se encarama por la vieja Revueltona les Cuestes o La Muda (que viene de mudar, como muda su camisa la *culiebra*, pues aquí se rectificó en su tiempo la línea del

camino) y antes de enfilear la *barga* Les Arrielles, por el que parte a su izquierda la antigua calzada que llevaba a destino (el *camín vieyu*), un mundo de pintorescas caserías (La Llosa, La Trapa, Les Arrielles, ...), tejados que son postales a la vera del camino, y otra fuente: La Llosa o Yosa, que lleva al agua a los Oteros, hoy devorada por el matorral.

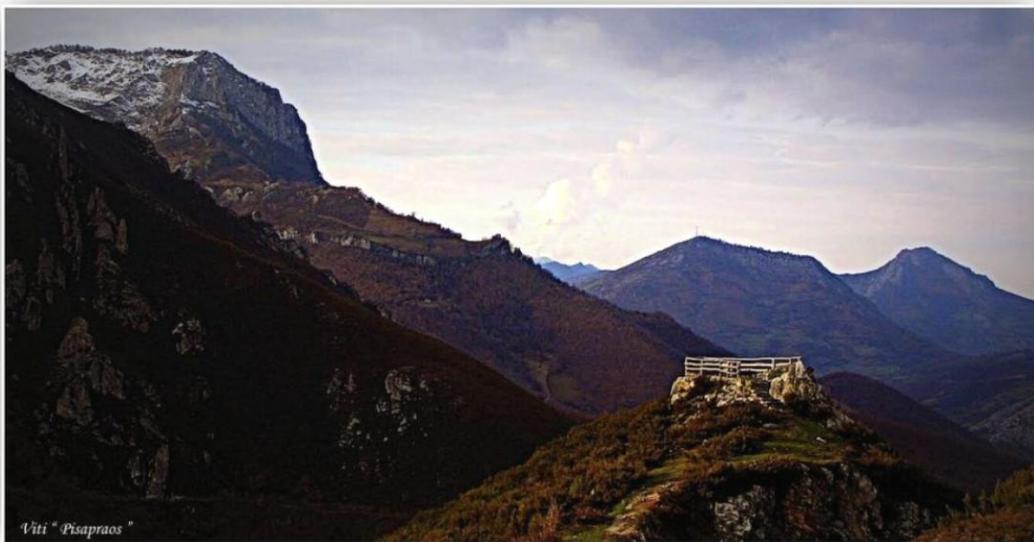
Prosigue la empinada cuesta, que aquí decimos *barga*, por el Vallín de Les Fontiques; unos pasos y alcanzaremos el mirador que nos regalará nuestro primer contacto con el río Monasterio y deja abajo, a su falda, la pista que los ingenieros intentaron conectar con la explotación minera de Pedrosín, que en cierta época benefició el azogue, tan codiciado ya en la prehistoria, el cinabrio, mercurio; y la senda que lleva a las canales de su nombre, que comprimen el río en difíciles pasos que sólo los expertos pescadores transitaban, sabedores de que sus aguas eran refugio de la trucha nativa, iridiscente manjar vestido en oro y plata, nacida esquivada entre las recónditas pozas y estrechísimas *foces* de su cauce, dominios del célebre Constante, Paulino el de La Foz, Salustio Andrés, Carlos Valdés y tantos otros que abastecieron las mesas de los poderosos. Y al otro lado del valle, el monte de *faya* Los Negreos, erróneamente denominado Los Negros en el Catálogo de Montes de Utilidad Pública, con el camino a Les Campes por Llande la Gobia (LLendelabobia, escribían los antiguos) que desviándose baja a Llucencies para ascender después a la vistosa casería de La Trapa y continuar por senda a la majada de Xabugu. Y la cuadrada mole de El Casar, como un airoso castillo de tiempos ilusorios, haciéndose gigantes las emblemáticas montañas de La Senda, Tiatordos y La Pandona o Maciédome, y al fondo, señalando la ruta la marina, el Busllar.

### **El Tesu la Oración: toponimia e historia**

Merece la pena este descanso para retomar el debate toponímico, tratando de deshacer la confusión entre el “*texu*” y el “*tesu*”, y hablar un poco de la historia que atesora el lugar, porque causa dolor seguir en los mapas, escuchar y leer en multitud de publicaciones la desafortunada denominación “*Texu de la Oración*”, máxime cuando todas ellas tienen en

común la divulgación de nuestro espacio natural, tremendo e imperdonable desatino.

La palabra “*tesu*” tiene su correspondencia en castellano: teso, en el sentido de accidente geográfico, cerro de poca altura, saliente, aislado y dominante, como podemos advertir sin esforzar nuestra imaginación. Por ello es un teso, en este caso, un alto en el camino para invocar a Dios y rezar a los muertos, y por tanto un “*Tesu la Oración*” (966 m.), y nunca un *texu*, árbol sagrado de los antepasados, por desgracia hoy meramente testimonial, convertido en las arrumbadas vigas que soportaron las losas de las cabañas pastoriles. En el camino nos encontraremos, además, con otros muchos tesos: el tesu Les Arrielles, el de Los Carquesales, La Xerrapa, el de La Grandiella o el mismo del Pandiellu, nuestra parada y fonda, el refugio.



Ni ritos paganos ni druidas ni pamplinas. Pero, ¿a quién rezaban respetuosos los vaqueros, jadeantes tras la dura ascensión o gozosos por la proximidad del hogar al retornar? En el fondo del valle, donde el río se domestica en la *alguera* de Valdosín y riega la pradería de Valdegranda, presagiando las aguas del Nalón, tenemos la respuesta, aunque la misma sea un arcano que velan los siglos. Abajo, entre verdes insultantes, como una blanca y diminuta maqueta está el cementerio parroquial, morada postrera de los hijos de Sobrecastiellu, de Sotu y Belerda, de Bezanes y La

Foz, porque Pendones, más distante, consiguió en su día la segregación que le permitió dar sepultura a sus muertos frente a la totémica cumbre del Tiatordos. Contemplamos el camposanto allí donde -desde el alto Medioevo a la postguerra- se ubicó la iglesia parroquial de San Salvador, que aparece ya en el testamento de Ordoño I ( año 857), doce siglos atrás que se nos antojan inabarcables. Y al fondo, en un verde esplendoroso que sorprende, la finca de Los Cobos, llana como la palma de la mano, con tantísima historia. Y si la vista intenta traspasar los insoldables secretos del pasado, verá abajo, a la izquierda, una colina de sugerente nombre, La Corona, que incita a lo castreño y ese claro que se abre en el bosque poblado de castaños, Llana Pandu, que evoca leyendas de monjas y leprosos, recuerdos de molinos o la venta de Estrada (Ventestrada), tan cercana, reliquias del camino milenario entre la mar y la desolada estepa.

Un ecosistema de alto valor medioambiental en el que desagua el río Monasterio que en su corto trayecto se precipita raudo por quebradas inverosímiles, sumando regatos a su cuenca hasta hacerlo tan caudaloso como el propio Nalón a quien tributa. Escenario, a su vez, de elevado significado histórico, en el que la toponimia resulta meridianamente diáfana y quiere evocar la existencia de un monasterio en siglos remotos, transmitida por la memoria colectiva de los predecesores. En ello nos vamos a detener, pues los anales parecen querer unir en el siglo XII a estas aldeas de Sotu, Belerda y Bezanés, copartícipes solidarios en la explotación de los pastos.

Sabido es que en el año 1142 Alfonso VII donó al guerrero Martín Díaz la villa de Tarna para que fundase allí un albergue, un "*hospitium transeuntibus*" que diese cobijo a los peregrinos y caminantes que franqueaban el puerto; posteriormente, el mismo Martín recibirá del emperador la iglesia de Santa María de Belerda con sus propiedades, en recompensa por acompañarle en la fugaz conquista de Córdoba, acaecida en 1146. Unos años después, en el 1165, será el rey Fernando II quien, demandando el remedio de su alma, done a la abadía de Eslonza la iglesia de San Salvador, con sus pertenencias. Martín Díaz le secundará en 1171 entregando Santa María de Belerda y demás heredades, las recibidas del emperador y las que él había adquirido o recibido de sus padres y abuelos,

al mismo monasterio. De tal manera entrarán Sobrecastiellu y Tarna, bajo la influencia de los monjes benedictinos de San Pedro de Eslonza, ubicado en las llanadas de Santa Olaja, provincia de León, a unos 120 km de Bezanes. Una relación prolongada durante casi siete siglos que finalizaría en 1836 con la desamortización de los bienes del clero regular para incorporarlos al Estado. No confundir con la presencia de las monjas de Santa María de la Vega (Oviedo), que también tuvo buenas utilidades por estos pagos (los quesos asaderos del siglo XIV, testimonio de nuestra longeva identidad quesera) y dejó señales de su vinculación en la toponimia y las leyendas.

Esta cronología recogida en amarillentos pergaminos que conserva el Archivo Histórico Nacional, nos permite asociar el río a los monjes del desaparecido convento de San Pedro de Eslonza. Serían las tierras del monasterio, perviviendo el recuerdo de esa larga noche en el nombre del propio río. Mas cuando Fernando II dona a Eslonza la iglesia de San Salvador parece estar describiendo un núcleo monacal ubicado "*in Supercastellum, discurrente flumine Nilone*", con sus prados, pozos de pesca, molinos, árboles, pastos ("*pratis, piscariis, molendinis...*") y las "*covas mellifluas*", de las que hablaremos. Una sociedad de vasallos que se sustentaba en la explotación del entorno, sometida desde ese momento a la jurisdicción monacal de Eslonza, gentes de nombres olvidados que fueron moldeando este escenario que hoy nos cautiva, domesticando la naturaleza, humanizándola, desbrozando los pastos y cerrando los prados, abriendo los caminos y sembrando los panes para alimento de la creciente población que con los siglos habitaría la comarca, hasta que el Océano devoró a sus hijos y la mudanza de las horas vaya cerrando puertas y ventanas.

Si existió un monasterio en la ubicación del actual cementerio y de la vieja iglesia desaparecida tras la postguerra, parece darnos una pista más certera otro interesantísimo pergamino datado en 1191, por el que un propietario llamado García Martínez, para alivio de sus pecados, hará igualmente donación a Eslonza de todo cuanto poseía en Belerda, con sus montes, fuentes, ríos, prados, pastos, presas, pesquerías, casas y solares, y especifica que se ubicaban tales heredades en términos de Caso, junto al

monasterio de San Salvador (“*in alfoz de Caso, iusta monasterium Sancti Saluatoris*”). La precisión es clarificadora; sin embargo, en ningún momento posterior tenemos constancia de su existencia, por lo que, teniendo en cuenta la meticulosidad de los monjes a la hora de inventariar sus innumerables propiedades, resulta aventurado afirmar con rotundidad que haya existido tal cenobio, aunque quién sabe si en esos veintiséis años que van de 1165 (Fernando II) a 1191 (García Martínez) se erigiera allí un mínimo cenobio que no llegaría a tener continuidad, cualquier veredicto ante el enigma histórico resulta irresoluble. Del monasterio, remedando a Eco, sólo el nombre permanece, reflejado en las límpidas aguas de su río.

Probablemente el topónimo Monasterio evoque simplemente, como decíamos, la reminiscencia del poder monacal, el río de los monjes benedictinos, los monjes negros del Medievo, dueños y señores de los contornos, al que pagaban tributo y sometían sus faltas los nacidos en esta tierra, aquellos que oraron durante siglos y siglos ante la vieja iglesia desde el teso o *tesu*, nunca *texu*. Ojalá resulte provechoso el esfuerzo de haber llegado aquí si conseguimos que el *tesu* destierre de una vez al pretendido *texu*, por muy sagrado que sea éste y nos pretendan confundir con atávicos ritos precristianos.

### **El reino de las abejas**

Desde el siguiente punto el camino se irá dulcificando, pese a que el ascenso prosiga más

o menos continuado hasta alcanzar los 1240 m. en que se ubica el refugio de la Vega y nos esperen todavía empinadas cuestas. Dejando a nuestra izquierda las quemadas lomas de La Roñada, *gorbizal* que mantiene indeleble la traza del viejo camino, llegamos a otro teso sin tejo: Los Carquesales (1009 m.). Y a este *carquexal*, abundante en *carquexa*, planta leñosa de copa baja y flor morada, le dicen los lugareños Carquesales, y así debe quedar escrito, aunque aquí se rice el rizo y pasen algunos a denominarlo “Texu los Carrascales.

La vista, ensimismada ya en la gran masa forestal de Redes y las alturas de la Peña'l Vientu en lontananza, se detiene en este promontorio, encaramado sobre la depresión del Monasterio, para contemplar un

tesoro etnográfico: el colmenar instalado en tan estratégica ubicación de brezales y abismos por Armando Caldevilla, persona sabia y afectuosa que no escatima esfuerzos para defenderlo de los osos; continuador, quizás sin sospecharlo, de una labor pecuaria que viene de muy atrás: la apicultura, sector que debió ser relevante en la economía campesina, como recoge la carta foral otorgada por Eslonza a los vasallos de Sotu y Belerda en el año 1272, en la que estipulaba el pago al monasterio de veinte libras de cera anuales, y también, un siglo antes, la reseña de las “*covas mellifluas*”, las cuevas melíferas, en la citada donación de la iglesia de San Salvador por Fernando II (1165), la recolección heroica de la miel y la cera en las encumbradas grietas de las rocas especialmente simbolizada en los vecinos de Belerda, “colmeneros” como canta la copla, porque “*tienen muchos colmenares; comen miel en los calderos y oyen misa en los portales*”, y en el mismo nombre del apacible paraje en el que estamos a punto de penetrar, el Cotu Abeyar.



Los practicantes de esta primaria apicultura primitiva que damos en llamar heroica, provistos de cuantos artilugios les fueran necesarios, recorrían largas distancias para *escolmenar*, recolectar la miel y la cera de los enjambres, en árboles o en grietas de difícil acceso rastreando la pista de las abejas que posaban a beber en los arroyos, muchas veces en competencia con los plantígrados. La propia toponimia nos deja el recuerdo en sitios como la estrecha Canga de les Abeyes, en la Xerra Forcada a la otra banda del río, por la que los de Belerda se descolgaban con cuerdas en septiembre para recoger la miel de una inmensa colmena,

o la de Robleu, pasando Los Armaos, en mala *infiesta* donde bajaban los de Miza, *arteru cazaor*, Teófilo, ... Recolección que se hacía siempre en septiembre, para que el *enxambre* volviese a reunirse en primavera; así se relacionaban con la Naturaleza aquellos paisanos que jamás escucharon las palabras ecologismo, sostenibilidad, contaminación, biodiversidad ni tantas otras gaitas necesarias del tiempo que nos toca vivir.

Volvemos a la vereda para contemplar en su elegante perspectiva la espectacular formación rocosa del Cantu l'Osú; aprovechemos la estampa de esta emblemática montaña que irá luciéndose a lo largo del camino, porque en Brañagallones apenas podremos observar la prolongación en Les Príes y la cima nos resultará una simple crestería sin pretensiones, aunque su conquista, a través de la *pindia* majada de Raneu, nos compense con el maravilloso panorama que se abre al coronarla, con Cerreu a sus pies, como un poblado de primitivos astures en lucha contra Roma, la antigua Taranna renacida de fuegos y avenidas, y un sinfín de montañas, con el macizo occidental de los Picos de Europa y en lontananza la montaña perfecta: el Espigüete, altivo en Tierras de la Reina. La Peña'l Vientu, majestuosa montaña que preside toda la cuenca del Monasterio, se hará omnipresente en buena parte del trayecto. Renunciamos a citar la altitud de las cumbres, tal parece que nuestras montañas se van haciendo viejas y menguando, la precisión de los altímetros nos derrumba aquellas redondas cifras que no se discutían (Cantu l'Osú, 1800 m., La Peña'l Vientu, 2000 m.).

### **Las vallinas del Cotu Abeyar**

Estamos en el reino de las abejas y no podía faltar un abejar de mil flores abiertas a la perezosa primavera de estas latitudes: el Cotu Abeyar. Vamos adentrándonos en un escenario humanizado que gana terreno al bosque, pequeñas caserías en torno a los 1100 m. de altitud, breves praderías ubicadas en vallinas que se suceden una tras otra, delimitadas por escarpes rocosos que buscan el río Monasterio en las honduras regalándonos, en ocasiones, pequeños llanos. *Vallina, vallín, vallinón*, según sea su amplitud, terrenos acanalados con riegos que bajan en

pendiente desde su cúspide al río. Iremos relacionando estos puntos que atravesaremos, desde Los Carquesales hasta la fresca fuente del Andorviu.



Agradecemos el breve respiro de La Peruyera, donde se ubica un paso canadiense, punto en el que los antiguos, previsores, hacían parada para colocar la galga o freno a los carros cargados de yerba de manera que el brusco descenso desde Los Carquesales se hiciera sin sobresaltos, y continúa el camino hacia El Reigau, refugio del naturalista Díaz-Formentí, gran divulgador de nuestro hábitat; El Foceyu, zona en que la *portellera* abría o cerraba el *cotu*, y en una curva aparece la pendiente *barga* La Secada, penúltima dureza del camino; más adelante el terreno se

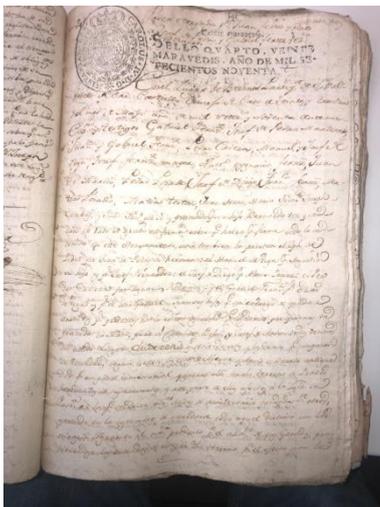
ensancha en La Cardosa, de la que parte a izquierda el camino que nos llevaría a caserías y herbazales en lomas más altas por La Arrobellada, Collau Monte, El Forcu, el collaín de Buxón -que evoca el apellido Bojón, común en el Bezanes de siglos pasados-, y La Brañueta, desde donde por marcada senda, nos acabaría dejando en Les Collaes, para desviarnos a la increíble braña de Cerreu. Sigue El Fondil, abajo, con su fuente y el que fuera en su día *prau del güé*, que acogía al toro de la Sociedad, fundada por los vaqueros de Bezanes para la genitura de sus reses; desciende después la suave *barga* El Vallinón y llega a Biaíz, la *llanaína* de Manuel Lozano, tantas veces fotografiada con la *taladrera* en el portal, que le dicen *mayada*, quién sabe si porque aquella pradería lo fuera en tiempos remotos, y también manantial, pues es sinónimo de abundantes aguas, como viene a señalar el origen de su nombre. Y antes de dar la vuelta al peñón de la Xerrapa, cuando ya el bosque de hayas y abedules nos fascina y advierte que estamos a mitad del recorrido, en un *tesu* de vistas increíbles, daremos un salto imaginario al otro lado del valle vislumbrando Xabugu, y queremos adivinar, también, el sendero al Collau la Vara, con ruinas de antigua cabaña en la que *amayadaba* y hacía madreñas aquel paisanín de Belerda, Constante el de Laudina; y la Cueva Hedrada, guarida donde antaño *enarciaba* el oso de Santa Lucía a Reyes, refugio de los maquis y de los madreñeros y en la que se vio obligado a guarecerse por las nieves el tal Constante durante todo un invierno con sus ovejas. Abajo en mala senda sobre el río, el quebrado terreno de Los Armaos (con embarazosos pasos que bajan al valle del Brañosu y Valdellera, y un robleu que llega al río, que cruzaban a Busmorín, atravesando maderos en su cauce), para acabar -si seguimos el curso del sendero- llegando a Cuafó, majada donde pastaban los ganados de Belerda.

Se serena el espíritu al alcanzar las caserías y caño importante del Andorviu/Andorbiu (1107 m.) que baja las buenas aguas de Enterregueros junto al *prau* de La Trapiella. Dicen que un *andurbial* es terreno malo y escabroso, como Biaíz sería sinónimo de abundantes aguas, aunque barruntamos que, en este caso concreto, se trata de un andurrial, un rincón retirado, solitario edén. Sin duda nuestro amigo Julio Coya planta su cabaña en el suelo más favorable de tal andurrial, que arrulla el agua clara y serena de la fuente a la sombra de robusta faya, mil espejos de

luces y sonidos que podría animarnos a subir por empinada senda a la majada de Enterregueros y a Les Collaes.

### Acotamientos y rompimientos

Todo este mundo así descrito es el Cotu Abeyar, fincas surgidas del *enantu*, la deforestación del monte utilizada desde el Medioevo hasta el mismo siglo XX, parcelas conquistadas a la espesura forestal por los moradores, en vallinas imposibles, algunas con prados tan cuestos en los que pareciera considerable hazaña que pudieran mantenerse en pie aquellos esforzados paisanos que no posponían su siega un solo año. Brañas equinocciales en las que no era necesaria la pernocta por la relativa proximidad al pueblo y que se acotaban por sus dueños para el aprovechamiento de las yerbas en primavera y verano, de las que cuentan se bajaban al año quinientos carros de yerba, auténtica fortuna donde la vida giraba en torno al animal sagrado: la vaca; fincas explotadas según antiquísimas normas que la costumbre convirtió en ley y que se “*derompían*” en septiembre para disfrute del vecindario (la derrota).



No obstante, en el caso que nos ocupa, el aprovechamiento comunal del Abeyar no estuvo exento de disputas entre los de Bezanés y sus vecinos de Sotu y Belerda, aunque nunca hayan tenido discrepancia alguna en cuanto a la utilización solidaria de las majadas, tal vez porque sus feraces pastizales no llegaron a desequilibrar la carga ganadera. No se

discutía la propiedad de la tierra sino el disfrute libre fuera de los periodos acotados, relicto histórico de la organización arcaica del espacio rural que pervivió hasta no ha muchos años, Explicaremos someramente esta controversia.

Allá por el 23 de abril de 1790, poseyendo los vecinos de Bezanes los cotos de Abeyar y Anciu “*con tanta antigüedad que es ya de inmemorial y gozan allí mucho terreno de prados hereditarios de sus causantes, y estando en la costumbre de guardarse todo aquel distrito con las miras a lograr el mayor producto para el alimento de sus ganados*” prohibiéndose su entrada en dichos terrenos desde el primero de abril de cada año, se encontraron con que ciertos particulares de los pueblos vecinos “*llevados de su antojo*” irrumpieron con “*un crecido número de ganados*” contravinando las normas que la costumbre hacía ley. Los de Bezanes expulsaron los rebaños del terreno acotado y se entabló pleito entre las partes, que en primera instancia dio la razón a los infractores. La salomónica sentencia de la Audiencia de Oviedo en 1793 concedió licencia a los de Sotu y Belerda para *amayadar* y pastar el *cotu* desde cada San Miguel de septiembre al primero de mayo, periodo en el que los terrenos quedaban libres de acotamiento, en igual condición que cualesquier vecino de Bezanes, fuese o no propietario. No debieron quedar satisfechos los de Bezanes con la orden de compartir su derecho a derrota, pues en 1842 un vecino de Sotu, de nombre José Fernández, logró un interdicto posesorio a fin de que no se le perturbase en el aprovechamiento fuera del periodo acotado; los de Bezanes comisionaron al notorio coronel don Bernardo Álvarez, señor del palacio de los Vega Caso, para que interpusiese recurso sin que conozcamos el resultado. Pero el pleito siguió.

Para zanjar la discordia, en 1862 optaron los de Bezanes por una vía expeditiva: lo cerrarían definitivamente a la manera tradicional, con “*parez, paliza y cárcoba*”, para que así las aldeas colindantes no irrumpiesen en el terreno. Y sería el vecindario, no exclusivamente los dueños, quien en sextaferia había de realizar la tarea y comprometerse en lo sucesivo al mantenimiento del cercado, dado que todos, comunitariamente, venían gozando “*de aprovechar la rastrojería*” y demás frutos que “*no fueren de pelo de yerba*”, y acordaban que el acotamiento en beneficio exclusivo de los poseedores sería desde el 20 de abril al 8 de septiembre de cada año, fecha en que se daba libertad para entrar a *romper* la pación otoñal con el vacuno, siguiendo determinadas pautas convenidas previamente en junta pública, un absoluto compendio

de reglas caídas en desuso, entre ellas el nombramiento de un “*vigariu*” o vicario, persona encargada anualmente de velar por el acotamiento.

Entendiendo conculcadas las disposiciones de 1793 con tal cerramiento, los afectados de Sotu y Belerda acudieron al consistorio en demanda de justicia pues se sentían privados del derecho a pastar la *toñada* y aprovechar otras magras utilidades, como los *felechos* para el *estru*, “*después de levantar sus dueños la yerba seca*”. La corporación elevó la instancia al Gobernador mas éstos acabaron optando por la fuerza y el 30 de agosto de 1864 irrumpieron con sus rebaños en las caserías de Busmorín -el busto moro, braña profunda y sombría del territorio- iniciándose gran quimera en la parroquia y un nuevo proceso ante la justicia. Aún tardarían en calmarse las desavenencias, por fortuna hoy cicatrizadas: discordias similares acontecieron respecto al Cotu Anciu, aunque, en este caso, llegaron casi a nuestros días.

### En la mágica umbría del hayedo



Beberemos un trago en las frescas aguas del Andorviu, nos despediremos de la morada soñada del busgosu, y el reino del Abeyar irá dando entrada a otros esquilmos campesinos: la madera, la caza, las

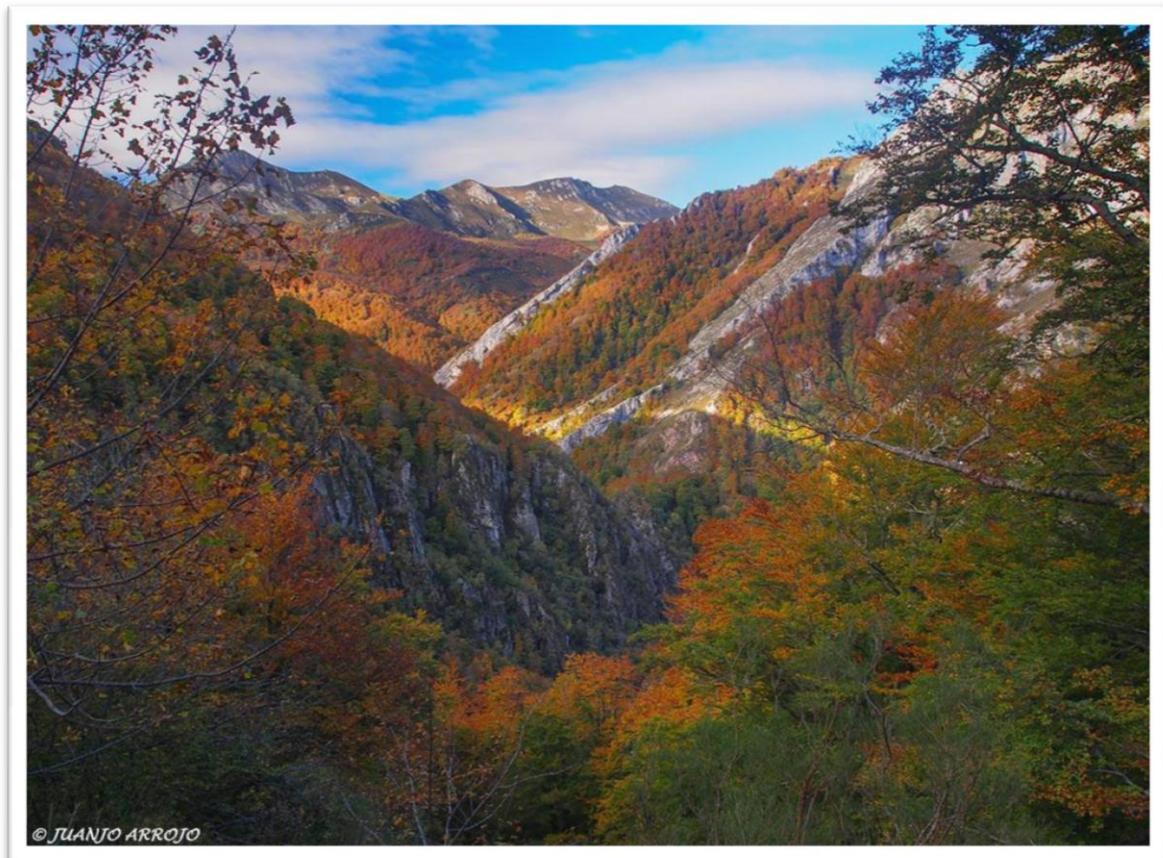
*“bagnas ad pascendum”* que en lejanísima fecha entregó el rey Fernando II a la abadía de Eslonza, siendo señor de estas tierras casinas Didacus Fernándiz, de quien nadie se acuerda. Al amparo del *fayéu* la umbría se demora en rincones de infinita hermosura cuando el otoño incendia la espesura. Y en poco más de cuatro kilómetros, un hervidero de minúsculas mariposas azules nos dará la bienvenida a la espaciosa campera de los urogallos.

El recorrido nos lleva a El Canalón -última casería del *cotu-* por donde corren libres las aguas de un reguero que en las crecidas nos regala una pequeña cascada o *tabayón*, como se nombra en la lengua vernácula; después, la vallina El Traveseu, un severo repecho y La Grandiella (1160 m.), que pobló en su día Jaime Lozano con *corripiu* y cabaña. En su *tesu* los horizontes que enmarcan el frondoso valle del Monasterio y las moles del Cantu’l Osu y la Peña’l Vientu, se agrandan de repente ante la cumbre del Cascayón en lontananza, otro coloso del concejo casín, que acuna en su regazo la laguna de Ubales, *“supremo vaso de la montaña casina guardado como un tesoro entre sus más recónditos pliegues, y que es grande, claro, limpio y puro y bello como una fe”*, en palabras de Lueje.



Después de pasar una cantera de valiosa caliza roja con la que se construyeron los muros la pista y aportó material para las reformadas cabañas que nos encontraremos arriba, y una *griera* utilizada en el acondicionamiento de su base, la ruta se complica al llegar al punto más embarazoso del trayecto (si la falta de vértigo nos permite obviar lo que vendrá): el Argayu’l Llobu. Un inclinado herbazal que baja abruptamente centenares de metros desde los altos roquedos en que reina el rebeco, en la base del Cantu’l Osu, a las

profundidades del Monasterio; el Huertu la Guadaña y encima de él La Plana -por cuyo Collaín podemos *devolar* hacia Enterregueros-, ribazo de blancos gamoniellos cuyas jugosas yerbas segaban los vecinos. Crepuscular presencia de los corzos, *argañal* de caza para el lobo, que se colmata de nieve en los inviernos y argaya con estruendo en el deshielo; otrora un mal vado de escasos metros, amparado hoy por un voladizo de hormigón que detuvo el reiterado aislamiento invernal de Brañagallones, pese a que en las grandes nevadas no resulte efectivo cuando el alud ciega por sus extremos las salidas.



El bosque de Los Algueredales nos da sombra y en tierra de *tesos* y *vallinas* sumamos otra: La Talanguera (nombre que nos indica un punto abundante en buenas maderas, pariente etimológico de la *tenobia* de nuestros hórreos), donde la vieja senda buscaba las alturas. Poco más adelante, en el Collaín de los Madreñeros la imaginación confunde los sentidos y acerca a nuestro oído los ecos del leñador abatiendo la faya, el blanco abedul o cualquier árbol idóneo para aliviar el barro y el frío del invierno. La toponimia nos señala, en esta lengua del bosque que nos

abrazo, la importancia que tuvieron las antiguas labores artesanas, el febril trabajo que un día llegó a ser principal industria de los lugareños: la madreña. Abajo, muy abajo, hasta un *xerru* que acaricia el río, bajaban los madreñeros con su *ferramienta* para talar los árboles que los guardamontes señalaban, o que la osadía furtiva y clandestina consideraba. Desde la apartada Cuafó, a la otra orilla del río, llevaban la madera para transformarla en los *tayones* que las hábiles manos de los artesanos convertirían después en el calzado humilde y campesino. Por la inclinada pendiente, las caballerías de manejo –muchas de ellas sufridas herederas del asturcón y algunos burros– alcanzaban la vereda para bajarla desbastada a los portales del pueblo. En cada antojana una *taladrera* y en cada casa un madreño, o varios, todos. ¡Cuántos esfuerzos y trabajos!

La razón de extraer la madera en sitios tan dificultosos obedecía bien al aprovechamiento ilícito, penado con gravosas multas e incluso la cárcel en los años duros, o también a las arbitrarias subastas que se adjudicaban al vecindario. Esta problemática quedó reflejada en la Memoria de la Cátedra celebrada en Bezanos por la Sección Femenina (marzo de 1964) en la que se da cuenta de las dificultades que encontraban los habitantes de estas aldeas para ejercer su trabajo: *“La gente se dedica a la fabricación de almadreñas y a la ganadería, existiendo, como en los demás pueblos del concejo, el problema de la madera, ya que las subastas son excesivamente caras y no pueden ser adquiridas por el pueblo. Además la madera está en zonas muy alejadas y en lugares donde no pueden entrar las caballerías para recogerla. Hay otra particularidad: si toman parte en una subasta les tocan los peores lotes. Estos problemas dan lugar a que los almadreñeros tengan que trabajar a jornal para otros, es decir, para los maderistas que les dan la madera para trabajar, pagándoles por cada par 15 pesetas. Un buen almadreño hace al día solamente 3 pares, ganando por tanto un jornal de 45 pesetas diarias y, para ello, tienen que trabajar desde que sale el sol hasta que se pone”*. Reflejaba dicho informe, que la principal preocupación de los moradores eran los elevados precios de partida en las subastas de madera, inasequibles a sus posibilidades económicas. Por el contrario, una queja frecuente de los maderistas era

que los madreñeros “*picaban*” los troncos de los árboles para saber si eran o no adecuados porque, al parecer, dañaba el valor de la madera.

Si decimos que el siguiente paso que encuentra el andarín es una entrada al mismo cielo, pensará el lector que seguimos ensimismados con los golpes de hacha de los laboriosos paisanos de Cuafó y el Collaín. Pero no, el claro en el bosque que ahora aparece, aunque la selva le vaya engullendo, abierto al cielo y saludable, como si presagiase ya nuestro ansiado destino, se llama así: el Vallín de la Puerte’l Cielo. Tal vez por ello, cuando la pista busca salvar el muro del Crestón, el *escobiu*, que ya se arrima a la roca dejando el bosque a lo profundo, se llama Vallín de Zamploñán, pues como nos aclara Concepción, maestro de maestros en esta ciencia un tanto libre de la toponimia al que seguimos, el término guarda relación con la *xiblata*, la rústica sinfonía de los vaqueros en sus cortos momentos de ocio y alegrías. Por vertiginosa pendiente un sendero baja al río y cruza a la majada de Cuafó, a la que también llaman de Cufó o Cuefoz, por su cueva y la angostura en que se ubica.

### El camín vieyu



Llegados a este punto es buen momento para rebobinar lo andado y retroceder a la vieja ruta que transitaron los antiguos, desde lejanos tiempos hasta la apertura del Crestón, casi en nuestros días: el *camín vieyu*. Primero una senda y después cómoda pista forestal que vino en auxilio del vaquero pese a que, en origen, su culminación estuviera seguramente ideada para el uso de los grandes prebostes de la época y sus escopetas -la pista de don Manuel Fraga- siendo hoy servidera por igual tanto para los ganaderos como para quienes se acercan a

contemplar los encantos paisajísticos, realizar largas travesías, coronar las montañas y, por supuesto, para los cazadores.

El camino de carro que llegaba al Abeyar se desviaba en la *barga* Les Arrielles por La Trapa ganando cota para dar vuelta por encima del *tesu* Les Arrielles y de ahí, por arriba del vallín de Les Fontiques, paralela y en posición superior a la pista actual, por la ladera del *picu* La Roñada bajaba más adelante a confundirse con la actual para finalizar en El Canalón. En el Reigáu, a la altura del actual paso canadiense, otro camino caía por La Felguerosa al Busmorín de la discordia. Rebasado el Canalón el camino se convertía en estrecho sendero que, desde la vallina de La Talanguera, por serpenteante cuesta, alcanzaba la *muezca* de La Codadiella, que así llamaron siempre los nativos a esta Colladiella ubicada sobre el Crestón, y descendía tendidamente a la Vega, por la xerra Pintacanales, el Matón y la Quemada. El trabajoso sendero, que los antiguos y el paso de las reses, mantenían abierto, no estaba exento de dificultades, era toda una *infiesta* sobremanera amenazante para las reses que se acercaban a *les maedes* del Argayu'l Llobu.

### **Ventana a los abismos**

El camino se encabrita de repente encajado en la peña para encontrarse de golpe ante otro de los puntos señalados de la ruta, allí donde el fotógrafo se luce congelando el panorama que llevará a su casa: el túnel del Crestón (1159 m.), ventana horadada en los farallones calizos de Pintacanales que quieren abrazar la fascinante formación geológica que guarda entre sus pliegues, como escamas de un gigantesco dinosaurio al otro del valle, la majada de Brañapiñueli. La Vega ya se advierte cercana, la vemos a lo lejos, apenas dos kilómetros nos separan de ella.

Brañagallones, soberbia campiña hoy conquistada por nuevos usos y costumbres, era fundamental para que los vaqueros de Bezanés, Belerda y Sotu, tras levantar las brañas equinocciales, llevaran a pastar sus ganados en los veranos, hasta que la nieve en La Cerrosa les señalaba el regreso. Pero, como leímos, los accesos eran apenas trabajosas sendas de difíciles pasos; por ello, con escasos medios y la fuerza solidaria de los vecinos se

franqueó la roca en los primeros años de la postguerra, a martillo y punteros, abriendo un resquicio para alargar la vía a la majada, estrecha vereda que rememoran con un pequeño tramo de suelo *entayonau*, entablado de traviesas, en la vallina del Crestón, para aumentar mínimamente su caja defendiendo con postes de madera (*llates*) la enorme altura; una senda en la que no podían cruzarse ni siquiera dos burros (alguno se despeñó por los abismos).



En 1964, se continuó el camino de carro que moría en las caserías del Andorviu, abriendo caja por la roca en Zamploñán, hasta que las nieves y un tremendo derrumbe paralizaron las obras. Al año siguiente mediante barrenos se franqueó el Crestón y se prolongó la pista hacia la Vega, dando auge al refugio de caza y postergando al olvido tanto a la vieja senda de arriba que los vaqueros transitaban durante siglos como a la vereda insuficiente que ya anticipaba el mismo itinerario. Bien lo recuerda Silvino Valdés con su prodigiosa retentiva, que hasta sesenta comidas diarias llegó a dar en aquellos parajes para los obreros que trabajaban en la obra. En octubre de 1966 llegaría, al fin, la oruga al refugio de Brañagallones, tras desgarrar el enorme cuchillar rocoso de Pintacanales, que viene de *pindiu* y cierra al norte la gran herradura que ciñe Brañagallones.

Nos asomamos a profundos abismos en la citada vallina de Crestón, tremendos precipicios en los que el río se encaja al fondo abriéndose paso

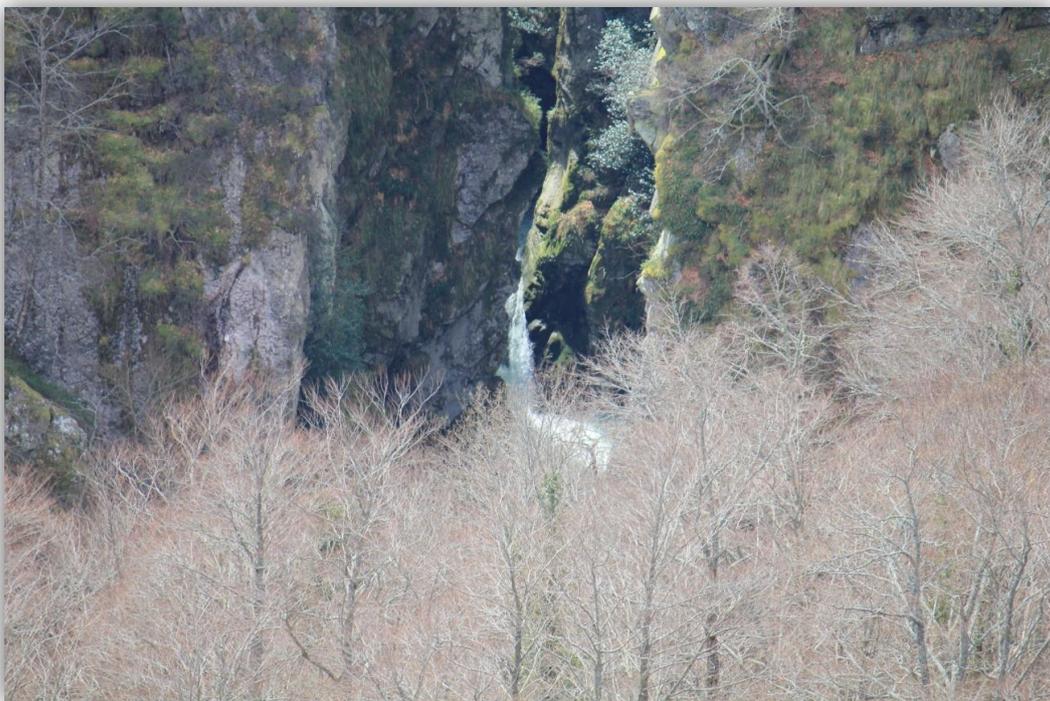
por estrecha garganta. La grandiosidad impresiona y causa zozobra a quienes sienten pavor a estos lugares, la acrofobia; no es para menos cuando alguna tragedia se contabiliza en el barranco, aunque hoy existen protecciones y el “Taxi al Paraíso” manejado con pericia por Rafa, transporta a los excursionistas sin dificultad alguna. De aquí en adelante, haciendo una breve pausa en otro *tesu* -el Escobiu Colorau- con prodigiosa vista al frondoso Redes y las alturas, se conjugarán los tramos desnudos de la *xerra* con un bosque cada vez más ralo en el que los *aceos* (acebos) y algún solitario serval van robando protagonismo a la reina del bosque. La proximidad de la Vega, tan bulliciosa antaño, va humanizando incluso las insignificantes tachuelas del trayecto: el Rebollu Mel, desnudo leño que se mantiene enhiesto (que recuerda a aquel José el de Mel que un día marchó a Cuba para jamás regresar y cuyo padre nos dejaría su estela en hitos del paisaje), la Mostayera de Laura, el Parradal de Gabriel; se atraviesa el fayu del Matón, y la Quemada, con sus flancos a un lado de *gorbizal* y al otro *aceos*, que tanto alimentaron a ganados y urogallos, para finalmente llegar a la *juente* de Pandu Quemau (así, con la hache aspirada, vestigio de nuestros lejanos primos vadinienses).

*Afayáivos nel paraíso*, reza el cartel que nos recibe, hemos llegado a la meta. La pureza del agua y las maripositas azules que citaba -cuando en su efímera temporada nos deleitan-, la campera inmensa, un paisaje de cuento que la geología creó hace milenta años y que las manos campesinas moldearon, se abre en plenitud ante la vista, el síndrome de Stendhal se apodera del viajero, que no dejará de asombrarse cuantas veces visite Brañagallones.

### **La mixtura de los ríos**

Antes de nuestro merecido descanso en el refugio, donde un buen café de pota nos espera, tomaremos nota del que quizá sea el más recóndito paraje de todo el Parque Natural de Redes, aunque esté aquí mismo, a cuatro pasos. Quien siguiendo el rastro de los madreñeros se descuelgue y descienda al profundo cañón que horada el río, recibirá recompensa al contemplar un rincón extraordinario: Les Olles del Retoyu, gema recóndita

de Redes, donde un tajo cortado por la misma espada de los dioses acerca los pendientes escarpes calizos que encajonan su curso en apenas un metro, como si quisieran abrazarse en virginales ollas, piscinas naturales que los naturales y expertos pescadores salvaban cortando árboles y entallándolos a modo de escaleras (*arrudos*); metros arriba, en el fondo de la escarpadísima ladera que atraviesa el camino, otra fantástica visión de cascadas y pozas escondidas complementa esta velada geografía. Su significado es explícito: atolladero, escollo, dificultad, un *toyu* junto al río, de ahí Re-toyu.



Si observamos a vista de pájaro este atormentado paisaje que semeja mogotes envueltos en la fronda del Picu Castiellu y los riachuelos que le cincelan conformando un caótico desorden, podemos entender el precioso nombre, hoy en desuso, que daban los antiguos al lugar: la Meceúra de los Ríos o Les Mestes, que viene de mezclar, pues allí se juntan las aguas que principiarán el Monasterio, que, a decir verdad, no nace oficialmente en Valdebezón sino en este recóndito paraje que nombramos, donde al arroyo de su nombre confluyen las escasas aguas que bajan por Rodrigo y Pandu Quemau a la derecha; y por su izquierda, primero la riega La Bescosa, a la que sigue el más caudal arroyo del Borbogues, que desciende del Acebal y Merecuera, con el prístino

sobrante de La Xara, al que se unen los hilos que bajando de La Carbaza, Fonte Orada y La Canalina se deslizan por la riega La Campiza hacia La Roza, para acabar desaguando encadenadas las aguas de ambas cuencas en el Valdebezón, que pasa así, engrosando su caudal desde Les Mestes, en la raíz misma del Crestón, a ser nombrado Monasterio, el río de los olvidados monjes del Medievo, aunque para nosotros ya lleve tal nombre desde la fuente La Corcoxa, que filtra los humedales de Les Llagunielles en las alturas y se sume para aparecer en la cueva de Valdebezón y bajar por un valle de ensueño hasta entregar sus limpias aguas al Nalón.

Un espectáculo imborrable, de musgos que abrazan el hayedo creando un escenario fantasmagórico, como un cuento enmarañado de xanas encantadas entre el borbotear del Borbogues y la *viesca*, Bescosa. Y allí, escondida y olvidada, la consumida braña de Cuafó, al abrigo del frío, de menos nieves, con su cueva del oso y las mismas historias de los hombres del monte en su dura convivencia: los fugaos y la contrapartida, los madreñeros y los guardamontes, y noticias habidas de terribles sucesos. Y en la otra banda, al llegar al Matón, en lo profundo, otras camperas, hijuelas de la Vega, en las que se abrigaba el ganado en tiempos borrascosos y de nieves: Les Campes y El Foyancón.

El acceso por sendero marcado al inextricable paraje discurría por la antigua ruta que seguían los vaqueros de Sotu y Belerda hacia la Vega, por Xabugu, La Braña, el Collau La Vara y Cuafó. En su día se consideró interesante recuperar la cañada para que la visita a Brañagallones pudiera realizarse por dos rutas diferentes y complementarias, pero Medio Ambiente impidió se llevase a efecto al considerarlo zona de anidamiento de águilas reales.

### **El refugio y sus odiseas**



Para abarcar en plenitud la gran majada de Brañagallones, la delicada armonía de sus *poblos*, hoy cabañas reformadas y bien cuidadas por sus nuevos

inquilinos, alcanzaremos el refugio, donde nunca falta la franca sonrisa y amabilidad de los admirables custodios de este paraíso. Auténtico buque insignia del Parque Natural, su mera supervivencia ha estado condicionada por la orografía en que se ubica, por las muchas nieves e inviernos interminables, los difíciles accesos y la desidia de una Administración que por enésima ocasión pretende modernizar sus instalaciones y hacer del mismo *“un emblema turístico que ha de fortalecer el tejido empresarial de la comarca”*, acometiendo perentorias necesidades, mejorar su eficiencia energética, renovando la techumbre y el obsoleto sistema eléctrico, que a la fecha viene funcionando a través de contaminantes generadores de gasoil, sustituyéndolo por energías limpias para que sea ejemplo de sostenibilidad acorde al edén que se enmarca. Mientras estas líneas se escriben felizmente estarán a punto de iniciarse tan anheladas reformas.



En el *Reglamento del Coto Nacional de Reres y Brañagallones (1945)*, se establecía que *“habría de constituirse un refugio en la majada de Reres”* (sic) instándose a la presentación de los pertinentes proyectos técnicos. Bajo el impulso de don Alfonso de Hoyos, duque de Almodóvar del Río como delegado oficial del Coto al que sucedió el recordado doctor don Alfonso Argüelles Eguíbar, fueron colocándose las bases del coto nacional, en el que la caza del rebeco, para recuperarse de los estragos del periodo

bélico, permaneció vedada hasta 1956. Habrían de transcurrir casi dos décadas desde su creación para que la construcción se llevase a efecto, una tarea titánica desarrollada en varios años, desarrollada en un espacio que ni siquiera tenía por aquella época, como vimos, un digno acceso; obra en la que aportaron sus manos muchos vecinos de Sobrecastiellu. Desde el momento mismo en que se desbrozó y aplanó el *tesu* del Pandiellu, hacia 1953, comenzó una frenética empresa en busca de los materiales sin otro medio de transporte que no fuesen caballerías y carros. Cuentan que se llevó la piedra desde canteras en La Grandiella y Valdebezón, con un carro del país que hubo de subirse desmontado desde el Andorviu, y otro de radios, que bajó de Isoba (León) con la fuerza animal de dos parejas; la pizarra del tejado llegó a lomos de recuas de caballos y mulos desde San Isidro; del bosque cercano, los robles abatidos por diestros aserradores santanderinos y por los hacheros nativos con sus *tronzones*, los canteros de Orlé; así hasta que el Estado vio cumplido en 1957 el sueño de albergar a los cazadores en un sencillo refugio, gestionado por la Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial, que se componía de una caseta externa para los guardas con literas y chimenea, y un amplio salón con chimenea, literas confortables y una cocina gobernada por Luisa, esposa de Pepe Calvo, alma de estos parajes. Con la creación del ICONA en 1971, acabaría transformándose en el legendario pabellón de caza de estética alpina que llegó a albergar a las más insignes escopetas de España. En 1975, estando Julio Sopeña al frente de las instalaciones, se inauguraría sin la anunciada presencia del entonces Príncipe de España, don Juan Carlos de Borbón.

Vivió su época de esplendor en esos años setenta y primeros ochenta del siglo pasado, con los desvelos por la conservación de la riqueza cinegética del coto y su prestigio internacional, llevados a cabo por Pepe Calvo, guarda mayor a quien la Vega rinde eterna gratitud con una efigie que mira a los paisajes que tanto amó. Resulta de justicia citar en este punto a los guardas que le acompañaron, desde los pioneros Daniel Calvo -hijo del legendario cazador Miza- y Emiliano Corral, a los que se fueron incorporando los casinos Graciano (La Foz), Felipe (Pendones), Manolo (Tarna) e Indalecio (La Felguerna), Gerardo y su hermano Ramiro (Sobrefoz-Ponga) y los leoneses Manolo el de Cofiñal y Federico, de Isoba;

y posteriormente otros, a los que conocimos y tratamos, también los guardarríos y los guardamontes. La represión del furtivismo y la tala arborizada, el eterno conflicto de intereses entre los campesinos y el Estado, hoy prácticamente superado.

Pero de aquellos salones alfombrados por los que pasaron la flor y nata de la aristocracia y la alta burguesía, administrados por la diligente mano de su esposa Luisa y del fiel Silvino, verdadera enciclopedia humana que debería guiar la pluma en este recorrido, apenas queda el recuerdo; las bodegas repletas de buenos vinos y licores se hicieron añicos como un tiempo que se fue diluyendo en la desmemoria, incluso el nombre de Reres se suprimió y las 14.227 hectáreas del Coto se integran desde 1996 en la nueva figura del Parque Natural de Redes, que abarca la totalidad de los concejos de Caso y Sobrescobio.



Con el traspaso de las competencias a la Autonomía el refugio permaneció cerrado durante años y los intentos de la iniciativa privada por reconvertirlo en un hotel al estilo de los paradores pirenaicos y el posterior giro del suntuoso Reserva Lodge, no llegaron a cuajar por falta de compromiso y desatenciones de la Administración, volviendo a su

abandono en el año 2007, hasta que en 2016 el Gobierno Regional acordó su cesión a la Federación de Deportes, Montaña, Escalada y Senderismo del Principado de Asturias (FEMPA), abriendo nuevamente sus puertas como alojamiento deportivo de montaña. Mucho debemos agradecer al actual alcalde del concejo Miguel Fernández, acompañado siempre de su inseparable equipo de Protección Civil en la promoción de las traveseras deportivas, quien seguramente influyó en el ánimo de Juan Rionda, presidente entonces de la Federación, sin cuyo decidido empeño quizás contemplásemos hoy un simple *mosquil*, abandono y ruina, como tampoco hubiera tenido la continuidad necesaria sin la carismática figura del guardián del refugio, José Manuel Prado; sin él al frente, sin su constancia, su paciencia ante la exasperante lentitud de los organismos en resolver las necesidades, su dinamismo y su enorme amor a estos parajes, las paredes del refugio se resquebrajarían; un gran acierto y una gran suerte para la Federación contar con José Manuel y su equipo; a buen seguro que en su hijo Diego encontrará un prometedor relevo generacional.

La promoción del turismo verde y convertirse en el epicentro del turismo sostenible en la zona, son los objetivos del refugio. Cuentan sus instalaciones con capacidad para treinta y nueve personas en diez habitaciones con baño completo y agua caliente, un lujo sencillo y montañoso al alcance de todos, paseantes, escaladores, turistas y hasta de los amantes de la buena gastronomía que sus fogones nos ofrece si tenemos la previsión de reservar mesa; un marco incomparable para conectarse con la Naturaleza, para sentir, contemplar y admirar la montaña, pues montañoso –en palabras del mismo Lueje- *“no es solamente el que vence la montaña. También lo es, y muy relevante, el que la siente, la admira y la contempla”*. Ojalá los proyectos anunciados se lleven a cabo, larga vida al mascarón de proa de nuestro Parque Natural.

### **Brañagallones: el porqué de su nombre**

Llamamos por estos pagos *“mayada”* a la majada, que -según el Diccionario de la Real Academia Española- alude al lugar en el que se

recogen de noche los ganados y se albergan los pastores; el *puertu*, la vega, la braña, que proviene del latín *\*maculata*, conjunto de mallas o de redes, redil para apresar o contener al ganado; así que la majada va a resultar, en nuestro caso, etimológicamente pariente del Redes. En realidad la Vega, ese prodigioso teatro al que arropa el hayedo, es hija de Redes.



Intensa sonoridad la de su nombre, Brañagallones, que aúna la braña, la *veránea*, los pastos del estío, con los orgullosos urogallos, los grandes gallos o *gallones* que tanto abundaron y se diezmaron en esta frondosa tierra de *aceos* y *fabucu*. Sin embargo, quizá nuestra simplicidad al asociar el origen de los nombres pudiera ocultarnos la posible relación de esos *gallones* con algunos pedruscos que aun se pueden observar en la pradera; sería la arriesgada hipótesis del profesor Galmés quien al estudiar la abundante toponimia aviaria de la región apunta a una braña de los cantos (de la raíz prerromana *kal\**, *kaliones* – Caleao- y de ahí los gallones, duros como el *callu* en el pie); dejamos constancia aunque nos decantemos por la tradicional y poética definición: la braña de los urogallos, aunque los urogallos sean en la actualidad los grandes ausentes de un territorio al que vuelve el oso y en el que campa el lobo, que encamaba en La Corona del Sellar y compartían espacio por las bajeras de Mericueria y Meremuerta. Los grandes rebaños de rebecos de este Serengueti casín, a tiro de prismáticos en Les Planes, que llegaron a superar una población de tres mil ejemplares en época del Coto Nacional de Reres, fueron diezados por las enfermedades, aunque por fortuna hoy va recuperándose su población. Corzos, venados y jabalíes complementan la riqueza cinegética en cuanto a caza mayor, siendo el venado – reintroducido en la comarca hacia 1950 tras su total extinción- quien aporta un plus, en este caso de atracción turística, con sus

atronadores e inquietantes bramidos que ambientan la ruta al inicio de los otoños, la berrea.

### **El parto geológico**

Vienen a relacionar los geólogos el origen de la majada con la existencia de un primitivo lago cuya datación por carbono 14 se sitúa 29.000 años atrás. Allí donde el mapa del concejo se comba como si quisiera abrigarse en una línea de elevadas montañas que -de este a oeste- abarca desde el picu La Realcada a la Peña'l Vientu, paisaje de abruptos paredones entre los que se encuentran la Rapaina y la Rapaona y las caprichosas siluetas de los Peñones del Violosu, todas ellas con altitudes superiores a los 1900 metros, se iría formando en el Pleistoceno un enorme casquete de hielo a base de nieves y más nieves, que se desbordaría en varias lenguas, bien hacia la vertiente leonesa o, en cuanto nos concierne, la que bajaría en forma de U en dirección norte, siguiendo la trayectoria de lo que actualmente es el valle del río Monasterio.

En el cuenco de este imponente circo, cuyo espesor de hielo alcanzaría los 170 metros, todavía podemos contemplar el área lacustre de Les Llagunielles, con sus minúsculas charcas, inmaculadas perlas que emergen en época de nieves y abundantes lluvias, y alguna morrena. Sin esforzar nuestra imaginación podemos advertir otros relictos del glaciario en la comarca, como son los lagos Caballuna y Ubales o la misma cascada del Mongayu; en el concejo se contabilizaban 22 glaciares que ocuparon un área de 41 km<sup>2</sup>.



Se estima que dicho glaciar surgió hará unos 35.000 años, en plena Edad del Hielo. En el periodo de máxima expansión su frente avanzaría en dirección

norte deteniéndose en torno al Crestón de Pintacanales y en fase de estabilización retrocedería a Valdebezón. En su imparable y lentísimo avance iría desplazando sedimentos a los costados, formando morrenas perfectamente reconocibles en las pequeñas lomas que cierran la Vega por su oeste. La toponimia, que todo lo explica, evoca la huella del pasado remoto, aunque el tiempo geológico nada tenga que ver con el humano (La Colluga, Les Moñes, El Pandiellu, Les Llombes).

Tales morrenas constituirían un dique o barrera natural que impediría el desagüe de las aguas provenientes de la gran herradura que circunda la Vega, configurándose una laguna en lo que hoy es pasto. Con el calentamiento del planeta, el glaciar se iría derritiendo hasta desaparecer unos 10.000 años antes de nuestra era, y la laguna se iría colmatando con derrubios hasta que la vegetación fue lentamente tomando posesión del espacio y alumbrando esta verde pradera, acondicionada a lo largo de los siglos por la acción humana, ampliando, desbrozando y quemando las leñosas escobas y otras plantas perjudiciales para el pasto. El río resultante iría complementando la labor erosiva de la lengua glaciar, horadando las rocas durante milenios para formar los estrechos cañones y el valle actual.



Pero Brañagallones, que está en el regazo de un gran pliegue calizo, la citada herradura que se inicia al norte por Pintacanales, continúa por la

*xerra* de Les Príes –custodiada ésta en sus extremos por las cimas del Cantu’l Osu y el Porrón de la Cerrosa- y finaliza al sur en Les Planes, bien semeja un grandioso circo glaciar. Sin embargo los especialistas, no consideran viable tal existencia, debido a su orientación -mayor insolación- y menor altitud de esta sorprendente formación rocosa, que se corresponde con un pliegue producto de la orogenia herciniana que formó nuestras cordilleras, nacidas del brutal choque entre las grandes masas de extintos continentes hace unos 300 millones de años; consolidándose en la posterior etapa alpina los atormentados plegamientos y fallas de la geografía que hoy contemplamos, moldeados por la erosión. Únicamente en la *xerra* de Les Planes, orientada al norte, parece haber acogido un mínimo glaciar, arrimado a la cúspide del Porrón de la Cerrosa bajando su pequeña lengua por la vallina de Ferramoru a morir en el lago que por aquel tiempo existía; las consecutivas canales que la atraviesan son consecuencia de avalanchas por las muchas nieves de antaño.

Una confusión habitual en la que caen las guías, blogs y publicaciones montañeras es denominar *xerra* Le Príes -que significa pedregosa- a la de Les Planes, que preside el escenario de la majada y le confiere absoluta espectacularidad, con sus picachos adornados de verdor a los que trepa el bosque en la Vallina Ferramoru y otras canales y a cuyas mínimas planicies, los llamados Praos de Les Planes, acuden a alimentarse los ganados, y los rebecos, a riesgo de mal paso.

### **Invierno en la majada**

Cuando hablamos de la vida en las brañas solemos referirnos exclusivamente a la trashumancia estival de ganados y personas, el *enverangar* del que hablaremos, “*amayadar en puertu y fecer madreñes*”. Y nos imaginamos que fuera de ese periodo donde los días son largos y templados, la majada era un mundo de silencio cubierta por las nieves o aprovechando sus brotes los rebecos y demás animales que se ocultan esquivos al ojo humano. Algún paisano heroico, con una carga de leña, la tala y la caza clandestinas y pocas cosas más, con los ganados en las cortes

o en los invernales y buena parte de ellos antaño en la fértil marina de Villaviciosa y el oriente asturiano.



Pero cuando el espanto de los fríos arreciaba, cuando las nieves podían aparecer puntuales en cualquier momento, aún en esos meses en los que comienza el año, había vida en la Vega de Brañagallones. Las necesidades eran grandes y el vecindario se veía obligado a aprovechar todos los dones que la Naturaleza, extremadamente avariciosa en la estación, les concedía. Todo rendía utilidad, hasta las verdes ramas de los *aceos*, pues se subía a la majada durante semanas a podar sus matas para alimento del ganado y allí pernoctaban unas semanas los vaqueros con los animales más resistentes, generalmente las vacas escosas, un *rebañín* que dejaba libres las menguadas yerbas de la tenada para otras. Y allí dormía el pastor, entre humedades y fríos, con las cabañas a veces sepultas en la infinita blancura de la Vega en la que apenas los de Pelambre calentaban sus manos al sol de la mañana, porque en la zona sombría del Requexón entraba el sol febrero arriba. Hablaremos un poco de estos puntos citados en las siguientes páginas, los barrios de la Vega. El ganado se recogía antes

de llegar la pronta oscuridad en los *corripios*, alimentándolos con “*daqué marallu*” del *aceu*.

Hoy resulta penado por la legislación quitar una simple rama de acebo para engalanar la navidad, considerando su alto valor como refugio de animales silvestres, entre ellos el urogallo. Sin embargo, su poda sistemática practicada por los lugareños lograba que el árbol creciese y se desarrollase con vigor, lo que Real Academia de la Lengua Española entiende por “podar” y lo que los sabios campesinos conocían empíricamente, pues la poda en los meses invernales hacía renacer con fuerza los *aceales*. Cuando se prohibió este aprovechamiento ganadero, los árboles empezaron a enfermar y a hacerse viejos; algo habría que escuchar a los naturales de estos contornos.

El acebo es un árbol dioico, lo que en estos tiempos en que nos podemos declarar hombre o mujer según nos plazca, resulta difícil de explicar. Para los campesinos la hembra es el *aceu*, suave y vistosa con sus invernales frutos rojos, delicia del vacuno, mientras el macho sería el *carrascu*, que ni se puede comer por su dureza ni acariciar siquiera por sus afilados pinchos, pero que también puede tener las mismas bolitas que nos anuncian la navidad. Lo reseñable, para guardar en la mochila de nuestro viaje, es la utilidad que le daban los vaqueros al *carrascu*: un eficaz remedio para limpiar el interior de las cuernas en que bebían la leche.

### **Enverangar**

La trashumancia es una actividad de pastoreo que implica el traslado estacional de los animales en busca de terrenos fértiles en los que puedan disponer de mejores pastos para su alimentación. Conocimos en Casu la existencia de tres rutinas trashumantes, una exógena y de largo recorrido, hoy desaparecida, la presencia de los rebaños merinos, y dos de carácter interno: la migración estacional de los ganados a las majadas o pastizales de altura, denominada trashumancia de radio corto, y la antigua migración invernal a los pastos de la marina, que tanto se estiló por estos pagos al amparo del fuero que en 1447 nos otorgara el monarca Juan II de Castilla.



*“En Bezanes vaqueros, porque tienen gües y vaques, falta tienen de tener que tienen muchos rapaces”*. Eso cuenta la copla, señalando con mordacidad las necesidades de los *bezanexos* para sacar adelante su numerosa prole. Por ello las majadas –las *bragnas ad pascendum* del rey Fernando- fueron el recurso comunal del que disponían tierras montañosas como la nuestra, para saciar las necesidades alimenticias de los ganados cuando en las primaveras se agotaban las yerbas almacenadas en las tenadas de las cortes, en un mundo en el que la vaca ocupaba casi el mismo rango que las personas. De ahí la trashumancia de radio corto, cuando las nieves nos abandonaban y los regalados pastos brotaban con fuerza. Por los arduos caminos y sendas que vinimos relatando, subían los vaqueros de Bezanes a *enverangar*, a pasar la temporada estival en la majada, *amayadar*; más de treinta familias cuentan que se juntaban con sus vacas, las elegantes yeguas de Ramirón, Rafael, Antonín y alguno más, los callados jumentos -a los que tanto debe el campesino- y hasta los cerdos y gallinas y alguna oveja de vecera y rebaños de cabras, que se guardaban al atardecer en rediles o *cueries*, cuando al finalizar las tareas de la yerba se concentraba la vida en la majada.

Sin embargo, el ganado menor solía permanecer preferentemente en los alrededores de la aldea, rigiéndose bajo el peculiar sistema de *vecería*, común a casi todos los pueblos de la montaña, que consistía en

encomendar comunalmente el cuidado la *reciella* a pastores que se ocupaban del mismo rotativamente mediante riguroso turno o *corría*, según el número de cabezas que poseyese cada vecino (una *corría* el que tenía dos ovejas, dos el de cuatro, etc.). A tal efecto, bien temprano, el pastor tocaba la campana de junta y los propietarios abrían las puertas de los corrales dirigiéndose las ovejas obedientemente hacia La Bolera; así todos los días, excepto en momentos de grandes inclemencias, y salvo la época coincidente con la estadía en la majada, en que se encomendaba la *reciella* al cuidado semanal de un pastor que *curiaba* el rebaño durante la semana, al abrigo nocturno y a salvo de alimañas en la llamada Cueva les Oveyes, y que bajaba los sábados a la aldea, para que los dueños controlasen sus animales, volviendo a subirlos los domingos. Las cabras también seguían idéntico sistema de *vecería* y al toque de campana se dirigían hacia El Pandu, para ganar la jornada ramoneando por sitios escabrosos. Quienes tenían un buen *atayu* de cabras, como la cabrada de Joseico, se encargaban individualmente de su pastoreo.

El calendario tenía un orden establecido. Las ordenanzas no permitían acceder a las majadas altas hasta el día de San Juan; las correspondientes a estos pueblos de Bezanes, Sotu y Belerda eran las de Valdebezón, Cerreu, Vega Pociellu y Busumberón. La Vega era considerada pasto bajo, accesible durante todo el año, dependiendo –claro está– de la climatología. Los ganados podían pastar en las majadas altas en cualquier momento, aunque según las reglas del tiempo inmemorial, si subían a Cerreu o a Valdebezón, debían recogerse a la tarde y pernoctar con el pastor en Brañagallones, lo que era difícil de aplicar para aquellas vacas casinas montaraces que se enriscaban en lugares inverosímiles, pero así eran las normas. Los vaqueros de Sotu y Belerda a partir de San Juan subían a *amayadar* en las majadas altas de Raneu y Valdebezón, aunque algunos también tenían cabaña en la Vega y algún vecino de Bezanes en las otras. Por su menor población y mayor hacienda, los de Sotu y Belerda dedicaban más tiempo a ésta, no solían *enverangar* al modo de los bezanexos. Sotu, nos cuentan, era un “*pueblu señor*”, si se puede dar por válida tal expresión en aquel mundo de extremas necesidades, con mejores fincas al pie de casa, mientras Bezanes -con mayor población- dependía de las *suertes* que beneficiaban mediante arrendamiento en la

extensa pradería propia del antiguo mayorazgo de Los Cobos y el aprovechamiento de los cotos, siendo buena parte de su cabaña “*vaques comuñeres*”, de propiedad compartida con los Arroyo y otros acaudalados. Por ello subían a *enverangar*, en una trashumancia en cierto modo semejante a la de los vaqueiros de alzada, a sus distantes majadas de Brañagallones, Valdebezón, Cerreu o Vega Pociellu, permaneciendo allí al albur de la climatología, generalmente desde avanzado abril hasta el otoño.



Los quehaceres no se reducían al pastoreo de los ganados, se complementaba con la elaboración de madreñas, alguna saca de *xanzana* -los de Sotu y Belerda- la caza furtiva a la que la necesidad obligaba, la pesca, y todo lo que de aprovechable otorgaba la Naturaleza, aunque también había ocasión de esparcimiento cuando la tarde declinaba: el juego de los bolos, la ancestral *gocha peza*, el *conciliar* o tertulia a la lumbre escuchando aventuras y consejos de los ancianos. Cuando se necesitaba pan, vino o tabaco, algún pastor cruzaba las montañas con su caballería al lugar de Isoba, en la provincia de León.

En suma, el control del ganado, *mecer* las vacas, recoger la cabrada, reparar los desperfectos de las cabañas, mantener a raya las escobas y otras invasoras del pasto, hacer alguna manteca -mazando la leche en el *ballicu* y dejándola serenar en el *arrudu*-, montando *daqué lazú* para comer montés, sacar algún *cestau* de truchas en el río y, aunque seguramente olvido mil tareas, por encima de todo, la industria madreñera, eran las principales ocupaciones durante la larga estancia en aquellos parajes. La bolera, la *gocha* y los cantares mitigaban el largo *enverangar*.

El vaquero se convierte en artesano en las alturas, tal vez porque nunca dejó de serlo abajo, cuando la luz del verano agranda las jornadas.

Días interminables examinando con buen tino el árbol adecuado para convertir su materia en la madreña y en otros mil *preseos* necesarios. Hendiendo el tronco con el hacha o el *tronzón* y desbastándolo, para convertirlo en *tayón*, siendo las mujeres, que tenían especial relevancia en la majada, quienes acarreaban éstos desde el árbol caído en los resistentes jumentos - y hasta en sus propios hombros, “*al llombu-* a la cabaña, donde las diestras manos campesinas obraban el milagro de *aponer*, *azolar*, *taladrar*, *raspiar* desbocar, dibujar, pintar y *ferrar*, entonces con *tarucos* o con clavos, para finalmente *afumar* las madreñas y bajarlas en sacos al pueblo, donde los comerciantes e intermediarios se las quitaban de las manos; cuando se demandaban grandes cantidades por los intermediarios se bajaban sin despachar, únicamente taladradas. Cuentan que 25.000 pares acopió Ceferino Fernández en un solo año, allá cuando adquirió la gran subasta del monte Redes; Vidal Ruiz, José Diego, Manuel Lozano, Elías, Felipe y César en Sotu, y unos cuantos más comercializaban la madreña en un tiempo que dio inusitada vida a todo el valle de Sobrecastiellu.

Y en cada portal se afanaban los madreñeros con su indispensable *taladrera* o banco de trabajo, cuando no en los más secretos abrigos, chabolas y cuevas, opacos al control del guardabosque. Hasta se recuerda el tendejón que se ubicó un verano en el centro de la pradera con motivo de una importante subasta adjudicada a Elías Martínez en Redes. En aquella barraca, levantada con postes de madera y techada de escobas, se afanaron más de treinta madreñeros en grandes *taladreras*, ocupadas cada una por cuatro o cinco; el pueblo entero de Bezanes estaba allí, los unos en sus cabañas y los otros en el gran pabellón. Diestros en el manejo de la gubia y la zuela, el raspón y la llegre, los madreñeros de esta comarca merecen nuestro eterno reconocimiento.

### **Los barrios y los poblos**

Los nativos llaman simplemente La Vega a este verde tapiz entre montañas, pero distinguen los nombres de sus barrios, pues es majada extensa que ocupa una superficie de 12,5 hectáreas y, como tal, divide

sus espacios según el sabio juicio de los predecesores que a todo ponían nombre: La Colluga, que nos recibe al llegar; Les Moñes a su derecha, por donde sigue el camino a Valdebezón; a la entrada izquierda, La Bolera y, a continuación, la larga línea de El Pelambre, bajo la Quemada de Rodrigo, hasta que tuerce el sendero hacia Raneu; la elevación del Pandiellu, solar del refugio, y El Requexón, debajo. Y cuatro fuentes: Pandu Quemau, que nos recibe, La Porcuza, unos viejos bebederos al final del Pelambre, El Grilleru que se nutre en la riega que baja de Raneu, y la del Güeyu, que llevó el agua al primer refugio.

Hubo un *prau del güé* en el que los vaqueros de la Sociedad recogían al torvo semental, animal sagrado de la braña, fiero y peligroso, mimado por los vaqueros que fiaban a sus genes el mantenimiento de la raza casina, y al fondo, en un ángulo al este, cambia su nombre la Vega al de la Mayaína les Llombes (el pueblo de Bezanes mantuvo dos sociedades para tales fines a mediados del siglo XX, de libre afiliación, una en la Vega y la otra en Cerreu). Alguna antigua *cuerria* -más usuales en Valdebezón- de las que no quedan vestigios, donde agrupaban al atardecer la cabrada para defenderla del lobo, complementaba el vasto territorio de la Vega.



Las construcciones de la majada se encuentran hoy totalmente transformadas, fines de semana para disfrute de nuevos ocupantes. Apenas podemos ver en pie dos ejemplos de lo que fue su diversa tipología, según su cubierta. Las cabañas se techaban con *llábana*, pesadas losas planas y extendidas, de gran tamaño y complicado manejo -algunas de hasta cuatro metros de longitud- que se extraían en *llabaneros* cercanos como la cantera de Pandu Quemau. Era usual que el pequeño portal estuviera *enantau* (ampliado) con cubierta de madera, material con el que tejaban los *corripios*, preferentemente roble o en su defecto *faya*, techumbre que fue preponderante en las brañas donde la piedra adecuada escaseaba, como en Cerreu; nunca con teja ni ningún otro elemento de los que predominan en la actualidad. Junto a la cabaña los citados *corripios* para guardar los animales, algunos de ellos con pequeñas tenadas en piso superior. Todo el conjunto –cabaña y *corripiu*- se denominaba *poblu*. Escasos fresnos, hoy abundantes, daban sombra a las cabañas que disfrutaban de ellos.



La cabaña era un espacio muy humilde, con escasísimas comodidades, una pequeña edificación, compartida antiguamente por varios vaqueros, construida en piedra seca, lo que posibilitaba una exigua ventilación a través de las rendijas, con vigas de *faya* (*tercies*), cortadas al menguante para soportar la pesada techumbre, aunque en las más arcaicas pervive el testimonio de la utilización de *texu* y el recuerdo del uso de *tapín* para evitar goteras. Se accedía por una portilla al mínimo portal donde el madreño solía colocar la *taladrera* y se entretenía en los escasos momentos de ocio, para pasar después por estrecha puerta al interior, que se componía de una cama cubierta con *felechu* y *árgomes* (quien disponía de un *xergón* esponjado con *fueya* de maíz era un afortunado) sostenida por un madero de *faya* llamado *calamiñeru* en el que se sentaban los ocupantes al calor del *fueu*, sobre el que pendían *les calamiyeres*, cadenas que se suspendían de un hierro ajustado en una

resquebra de la pared para colocar la pota; y atravesado, al fondo, otro espacio que llamaban la *gloria*, especie de meseta sobre la que se situaban los cacharros; una pequeña alacena donde se guardaba la vianda, muchas veces revestida de hojalata para protegerla de los roedores, complementaba la estancia.

Con el tiempo, las ancestrales cabañas, la estampa del *ballicu* colgando del *arrudu*, el laborioso quehacer del madreño, los animados atardeceres de bolera y *gocha peza*, dieron paso a esta nueva vega transformada con desigual fortuna, mas sin que aminore en ella todo su encanto natural, y aunque para contemplar el ayer olvidado de los vaqueros hayamos de trasladarnos a pastizales distantes. Se contabilizan hoy 48 edificaciones, 1 manga ganadera, además del refugio y sus instalaciones complementarias.

### **La interconexión logística: el interiu**



En el hervidero vital que era en aquellos tiempos Brañagallones, con más de treinta poblos abiertos, consagrados al pastoreo y al inagotable trabajo madreño, cabe recordar una institución singular de la majada: el *interiu*, que

algunos denominan *linteriu* quizá por la pérdida del apóstrofo en la mera evolución de la palabra, a la que podríamos encontrar su significado etimológico en la palabra latina *\*inter*, entre, entre varios, *inter eos* (entre ellos).

Se denominaba *interiu* al rudimentario servicio logístico compuesto por la caballería de carga, burro o caballo, y el conjunto de provisiones que transportaba, principalmente la leche, no a la persona que lo conducía. La

Vega se intercomunicaba diariamente con Bezares para llevar la leche, alimento esencial para los que quedaban en la aldea; cuando el volumen de mercancía se incrementaba podían bajar dos y tres *interios*. El sistema era rotativo y cada día correspondía a una cabaña realizar la tarea; en Sotu y Belerda, que compartían, como dijimos, el pasto con Bezares, no existía la figura del *interiu*, pues dejaban animales en sus aldeas para disponer de leche. Los innumerables pares de madreñas que se elaboraban arriba se bajaban en sacos a lomos de caballerías según necesidades de los comerciantes que las demandaban, no debemos denominar *interiu* a dicho acarreo.

Cuando partía el *interiu*, los que arriba *amayadaben* si precisaban solicitar cualquier producto necesario o dar simplemente buenas o malas nuevas, enviaban lo que se llamaba la “*esquela*”, una simple lasca de madera o *foraxa* en la que anotaban a lápiz sus mandados. De vuelta, el *interiu* seguramente subía con menos carga, la *vianda*, el frugal alimento para hacer llevadero el tiempo en la montaña (pan, *tocín* y poco más) y los mandados reclamados en las notas, que también iban de vuelta, seguramente con mejor escritura y en papel, dando razón de amores, lutos y sucesos cotidianos. Quien bajaba a la mañana el *interiu* subía en la tarde con la *vianda*; ¿de qué acero estarían creadas aquellas gentes, condenadas a subir y bajar cuestas eternamente?, ¡cuántos afanes en el vivir diario!

### **Los límites del viento y el bosque en llamas**

Si el caminante quisiera acrecentar su deleite con el paisaje hasta aquí descrito, podría optar por cualquiera de las múltiples rutas montañosas que parten de la Vega. La de Valdebezón, la braña hermana, a mayor altura, con vida pareja a la que contamos, es un paseo de ensueño. Buscando el nacimiento del Monasterio, el camino nos acercará sin dificultad: El Pescaeru, les Yanes del Artu, preciosa campera salpicada por hayas centenarias y, a continuación, otro punto donde el fotógrafo inmortaliza el viaje, la encantadora cascada adornada de musgo y el pequeño puente que salva las aguas del río -cuando éstas no permanecen

sumidas-, la Campa l'Escobiu, otro escondido salto en Los Escobios, la muria -moderno cierre canadiense en la actualidad- que controlaba el paso de las reses, y la fuente L'Oteru que nos deja a la entrada misma de la majada, un espacio increíble en el que quisieran sentir nuestros oídos los monótonos golpes de la vieja *mazapila* que un día instalaron allí aquellos orfebres de la madera, los hermanos Pumarada de Belerda, para ahuyentar las alimañas en tan paradisíaca braña, fresca y apetecible para los animales por su altura, cuando el calor intenso y la mosca apretaban en la Vega, en ese deambular eterno de las bestias.



Otra vez el arrobamiento se rinde ante la grandiosidad de los escarpes que encuadran esta braña: el Cuchillar y la Peña el Sellar, que escoltan el interminable y pendiente herbazal que nos regalará la mágica Mayaína los Fueos, con sus pozos, *fueyos, jous*,... que tantos nombres reciben en este Paraíso Natural de las Asturias, y llega arriba, a la misma Peña'l Vientu para contemplar la vista que se abre hacia San Isidro y la piramidal cumbre del Picu Torres, el vértice cimero del concejo. O busca el mismo destino por la izquierda, ascendiendo por las olvidadas majadas de La Becerrera -

en la que se conservan todavía restos de poblos- y El Vallín, en la que asoma la fuente La Corcoxa, que filtra las aguas de Les Llagunielles, preciosas lagunas que afloran en tiempos de nieve, y de ahí por la izquierda a La Realcada, dejando a un lado El Páramu, con La Requexada abajo, fecundo criadero de rebecos, y por las curvas en zigzag del Arrodeu a La Mullía, el más elevado paso del concejo, a 1825 metros de altitud, rayana con León, tan cerca de la Laguna Negra e Isoba ; o a Les Aguyes de la Peña'l Vientu, imaginando la cuna del extinto glaciar. Y multitud de rutas en todas las direcciones, que dejamos en manos de los expertos alpinistas que patean y disfrutan las montañas, pues repetimos, no era nuestro objetivo elaborar una guía al uso montañero.

Vestido en verdes apabullantes, en el color indescriptible del más hermoso otoño o en la desnuda soledad de los inviernos y la blanca nevada que le adorna, el monte Redes -ese "*inmenso bosque en llamas*" que asombró a Lueje- ofrenda su propio nombre a toda la extensión del Parque Natural. Poblado casi exclusivamente por hayas de elevada calidad en sus 2.012 hectáreas de terreno comunal, declarado monte de utilidad pública (M.U.P. nº 221) en el año 1907, acunado entre las alturas del Sellar y los atormentados contornos de la *xerra* Brañapiñueli y el *aceal* de Meremuerta -otra estampa más que enmarca la Vega- tiene su acceso por la pista que en su día continuó la potente excavadora que dejamos en el tesu del Pandiellu allá por el otoño de 1966, seguramente cuando Moisés y Vicente desbrozaron el *escobal* en aquella aventura que refrendó Marino en una de sus coplas. Cuentan que tardó todavía dos años (o dos temporadas, pues los tiempos arriba se miden al capricho de las nieves) en llegar a Merecuera, que viene a significar lugar de aguas limpias y abundantes, otra joya de nuestro brutal paisaje, que es majada perteneciente a La Felguerina al igual que La Roza y no Las Rozas como aparece por ahí descrita, La Roza del Frae, de enigmático nombre que quizá no haya que buscarlo en misteriosos frailes sino en las escarpaduras de sus lindes calizas, como Brañapiñueli, en la que *amayadaben* los de El Barru, que viene a significar lo mismo: la braña entre las peñas. Dichas majadas, junto a la del Carrascal -perteneciente a Coballes- se integran también en el espacio que delimita el monte Redes.



Con la llegada de la pista a sus entrañas se entresacó un volumen importante de árboles longevos, pervive el recuerdo de las grandes subastas que extrajeron Ceferino el de Consuelo y Tino Blanco y, por lo que de asombro que nos pudiera causar hoy día, el lote que Luis Vega y Graciano sacaron por Merecuera, mediante un cabestrante que dejaba la madera en Fuente Orada, para transportarla en caballerías por el valle Acebal a San Isidro, la antigua Wamba que recuerda imaginativamente los tiempos del rey godo. Hoy día Redes es un ecosistema caducifolio de vital importancia, un mundo estrictamente protegido, corazón y símbolo de todo el Parque Natural y Reserva de la Biosfera que se enorgullece de su nombre.

### **Epílogo**

Mientras el matorral avanza, arrincona los pastos y desdibuja los senderos, el lobo campa a sus anchas y diezma los ganados y el oso destruye las colmenas, acostumbramos a dirigir el dedo acusador a nuestros gobernantes, que buena culpa tendrán con sus decisiones tantas veces erradas, sin percatarnos de que no se trata exclusivamente de un

problema de gestión más o menos atinada, pues la raíz de la decadencia y el abandono de estos soberbios paisajes subyace en el despoblamiento inexorable de los pueblos, de esta Asturias rural vaciada de almas que se nos muere y deja una naturaleza, otrora moldeada por la sabia experiencia de los antiguos, en manos de unas administraciones, en tantas ocasiones alejadas de las necesidades reales, que a duras penas pueden taponar las enormes grietas por las que se nos desvanece esa no tan bucólica Arcadia forjada entre estrecheces y penalidades, mientras la vida, sigilosamente, va dando paso a un tiempo nuevo de mudanza e inquietudes, pero también a un tiempo de oportunidades que ojalá vayan abriéndose paso entre los nubarrones de un futuro incierto.

Esperamos que el lector nos haya acompañado en este largo viaje, y no olvide que para que este universo así descrito llegara a nuestros días como lo percibimos, para que contemplemos estas aldeas únicas, sus bosques, el agua pura de los ríos, la biodiversidad de su fauna y su flora, ha sido y sigue siendo fundamental la existencia de unos pobladores que, en un ejercicio de sostenibilidad innata continuado a través de los siglos, nos legaron el tesoro del Parque Natural. Ellos son los protagonistas del maravilloso territorio por el que hemos transitado, en el que seguramente nos quedarían muchos rincones por visitar y asuntos que tratar. Rogamos su benevolencia, pues la pluma de quien escribe nunca podrá suplir las sensaciones del paseante cuando, desde la acogedora aldea de Bezanes, se disponga a enfrentar uno de los más sublimes caminos de la geografía asturiana, un verdadero viaje al Paraíso.



## Agradecimientos



Mi agradecimiento a Juan Marcos Moro, que continúa la tradición madreñera, todavía recorre los senderos del monte y hasta conoce el nombre de las piedras; a Eugenio García, entusiasta embajador de la entrañable aldea de Bezares; a Sabino Fernández, que regresó a los parajes de su infancia simplemente para ser feliz; y a Silvino Valdés, que guarda cual tesoro la memoria de un tiempo que no debíamos olvidar. También a Xulio Concepción, que nos ilustra en el significado de la ancestral toponimia, y al geólogo José de Vera, quien desde el lejano estado de Texas nos hizo comprender los tormentosos acontecimientos que alumbraron esta geografía. Sin olvidar a otros como Julio Coya o Javier Fernández que tienen el privilegio de contemplar las noches estrelladas desde sus cabañas, y a todos cuantos debo reconocimiento. Y gratitud también a quienes como José Manuel Prado y su hijo Diego mantienen *encesa* la luz de la *mayada*, a la que siempre nos llevará en un viaje memorable nuestro amigo Rafa Fernández, al que nunca agradeceremos lo suficiente esa línea abierta entre la bulliciosa civilización y el Paraíso.

